

Aquella calurosa mañana de abril, el Sena, crecido y rabioso, se había propuesto absorber a Charly dentro de su cauce y convertirlo en un gran fósil. Sin embargo, él avanzaba imperturbable hacia el lecho del río, sujeto a la cuerda, con la corriente enloquecida intentando arrastrarle. Un esfuerzo más y tocaría fondo; unos cuantos centímetros más y sus manos se convertirían en sus ojos.

«Amigo, bendecirás estos años de bruma líquida. Te proporcionan un toque mágico. Es bonito poder encontrar un arma con facilidad, estando rodeado de miles de metros cúbicos de fango furibundo». Charly aún escuchaba cómo su compañero dejaba atónito al último novato de la Brigada Fluvial. Hizo una pausa para darle tiempo a localizar sus burbujas de aire. Al piloto le correspondía la tarea de guiar al buzo con la cuerda, para que éste cuadrículara la zona con un movimiento de péndulo. Palpas la superficie de una brazada, te desplazas a la derecha, luego a la izquierda y así sucesivamente. Un trabajo de hormiga, de hormiga acuática y ciega.

En esa ocasión buscaban a una chica que había desaparecido el sábado. Salió sola del Fuego, una barcaza convertida en discoteca, hacia las tres de la madrugada, y desde entonces ni

rastro de ella. Martin y él pensaron lo mismo cuando descubrieron las huellas de unos neumáticos mientras registraban el aparcamiento: «En lugar de seguir por la rampa de salida, un coche ha ido a parar directo al Sena». Las rozaduras en el muelle Panhard-et-Levassor les había indicado dónde sumergirse.

Charly palpó la superficie de un embellecedor, el tapacubos de una rueda y la lisa perfección de la carrocería. Tiró de la cuerda para avisar a Martin, abrió la puerta del coche y tanteó los asientos antes de introducirse en el habitáculo. Ahí encontró un vestido flotando, una cabellera ondulante y un torso rígido. La muerta estaba arrodillada en el asiento trasero con las manos pegadas al cristal. Cuando un vehículo se hunde, la presión bloquea cualquier salida. El pánico, y no el instinto de supervivencia, le impidió dejar que el agua llenara el coche para después poder abrir una portezuela.

Con la punta de los dedos le leyó el rostro. Nariz fina, boca carnosa, barbilla delicada; el trabajo de la muerte no había hecho más que empezar. Se escuchó a sí mismo respondiendo a las preguntas de Louis, el día en que el chaval había indagado sobre a qué se parece un ahogado. «El río le roba la identidad. Tú sacas a flote una máscara blanca, sin labios ni ojos, a la que sólo le quedan algunos mechones de cabello y trozos de piel. Otras veces se ha convertido en un globo sin apariencia humana».

Siendo un crío, Louis no entendía que con el tiempo uno se blindaba. Y sin embargo, es lo que ocurre. Había épocas en que pasaban semanas sin sacar un solo cadáver del río, pero en otras recuperaban tres en el mismo día. Las tasas de suicidio se disparan sobre todo después de las fiestas y las vacaciones. Un buzo vive esas jornadas negras como cualquier otro día. Al final sólo te queda la cicatriz de la primera vez. A los diecinueve años, después del primer cadáver, te duchas un montón de veces porque crees que el olor se ha quedado pegado a ti por todas partes. Sin embargo, al día siguiente se acabó, vuelves a sumergirte. La

compasión está ahí, pero envuelta en seda. Algunas veces piensas en ello sólo para decirte que no te has convertido en un tronco.

La sujetó por la cintura, tiró de ella y salió sin dificultad. Era muy distinta del cadáver anterior; la otra mujer había permanecido meses en el agua, atrapada entre el asiento y el techo del coche. Tuvo que pedir ayuda a Martin, y ambos se esforzaron como locos. El cuerpo, rígido, estaba completamente putrefacto. Las manos enguantadas se les habían hundido en la carne.

Tiró de la cuerda hasta que notó que ascendía con el cuerpo. La luz ácida de la primavera lo envolvió violentamente. Martin le ayudó a subir el cuerpo de la ahogada a la zodiac. La mujer, con los brazos extendidos hacia el cielo, suplicaba a un Dios invisible. Tenía la piel del color de las sábanas sucias y el pelo en mechones le ocultaba el rostro. La falda y la camisa debían de haber sido blancas, pero el lecho del río las había ensuciado.

Martin pidió una grúa por radio. Charly tiró el material en la zodiac y subió a bordo. Dejaron el cuerpo en el muelle, a la sombra del Fuego. Alguien había olvidado apagar las guirnaldas eléctricas de la barcaza. Su parpadeo estaba tan fuera de lugar como los fuegos artificiales en un funeral. Los propietarios de la discoteca y los compañeros del distrito XIII se acercaron. El capitán Schmitt tenía cara de circunstancias. No había pegado ojo, pero no le importaba porque presentía un caso succulento. Los chicos de la discoteca estaban acostumbrados a pasar las noches en blanco. Pero no a ver a sus clientes acabar en el Sena. Sus caras parecían de enterrador, aunque estaban a la expectativa. El más joven ya parecía estar preguntándose cómo harían para remontar el negocio después de semejante lío.

Se había formado un grupo de curiosos y el capitán Schmitt les pidió que se alejaran. La mayoría obedeció. Dos o tres obstinados remolonearon. Al menos todos guardaban silencio.

Sólo se escuchaba el ronroneo del tráfico, el murmullo de las olas y los chillidos de algunas gaviotas. Charly empezó a cubrir a la chica con una lona. De repente una sensación lo hizo detenerse a la altura de los hombros y sintió deseos de apartarle el cabello del rostro.

Esa cicatriz en la mejilla, esos bucles claros convertidos en serpientes grises, esos ojos...

—¡Eh, Charly! ¿Te encuentras bien?

La voz de Martin, las olas amarillas, las nubes, las guirnaldas del Fuego, todo se agitaba en torno al cabo Charly Borel.

—¿Qué ocurre? —preguntó uno de los socios del Fuego, quizá al capitán Schmitt—. El buzo parece sentirse mal.

—¿Reconoce el cadáver? —inquirió Schmitt con una voz opaca.

—En este estado es difícil, pero sí, reconozco la cicatriz de la cara.

Charly oía a todas aquellas personas, pero no les prestaba ninguna atención. El rostro de Agathe lo empujaba hacia el fondo.

Ingrid Diesel conocía a Maxime Duchamp desde hacía mucho tiempo, y aún seguía considerando un mago al propietario y cocinero del Belles de Jour Comme de Nuit. ¿Por qué arte de magia ese hombre convertía una simple cola de rape y algunas especias en un milagroso guiso de verano? El misterio estaba en el diapasón de su rostro de reportero de guerra, en esa mirada gris que sonreía mucho antes que la boca.

La americana había llegado al pequeño restaurante del pasadizo Brady junto con Lola Jost. Maxime compartía con ellas un vaso de sauvignon. En las mesas, decoradas con manteles de cuadros azules, los cubiertos ya estaban dispuestos. Chloé, la camarera, hacía compañía a las cazuelas, en la cocina, mientras esperaba la apertura oficial y el disparo de salida de las comidas. Si no hubiera sido por la presencia de José y sus ventiladores recalcitrantes, el ambiente habría sido perfectamente zen. Lola seguía sus esfuerzos con una mirada burlona.

—Maxime, tu chapuzas lleva un siglo intentando refrescar las ideas. A este paso, lo logrará para la canícula del año que viene.

—José es lento pero seguro. Además, te confieso que no tengo medios para contratar a un profesional. Si no fuera por

mis clientes habituales me resultaría difícil salir adelante. Pero no hay que quejarse, en todas partes cuecen habas.

—La gente prefiere comer en un parque sobre la hierba en lugar de gastar el dinero en un restaurante —intervino Ingrid.

—Temporada de vacas flacas —confirmó Lola.

Y se fue a la cocina para preguntarle a Chloé por los postres. La camarera recitó la lista dirigiéndose a todos. Ingrid pidió una sopa de fresas a la menta con pimienta. Lola volvió a sentarse y miró a Maxime.

—Es raro —continuó el cocinero.

—¿Qué?

—La falta de actividad afecta a la hostelería pero no al sector de la investigación.

—¿Ah sí?

—Siempre hay alguien que la solicita.

—Probablemente.

—En el fondo, el misterio se vuelve difícil de soportar. Sobre todo cuando hace tanto calor. En esos momentos, uno duerme mucho peor y está más sensible...

—Y que lo digas.

—Señor Duchamp, me voy a casa a comer algo con la parienta —intervino José, quien al fin había bajado de la escalera—. Mañana me pondré a ello otra vez.

—¿Mañana?

—Tengo una urgencia en la peluquería de Lady Mba, lo siento.

La despedida del chapuzas coincidió con la llegada de Antoine y *Sigmund* Léger. El psicoanalista y su perro se dirigieron hacia su mesa habitual. El dálmata era el único cuadrúpedo que tenía permitida la entrada al establecimiento, por la sencilla razón de que se comportaba como un caballero. Ingrid y Lola saludaron a Antoine mientras Chloé le llevaba la carta.

—¿Por dónde íbamos? —preguntó Maxime.

—Acaba de dejarte plantado un chapuzas lento pero seguro, entran tus primeros clientes y estás a punto de pedirnos un favor —resumió Lola—. Si yo fuera tú, iría al grano. Llega la hora del ajetreo, aparecen los habituales y mi curiosidad se desvanece.

—Pues bien, precisamente se trata de Lady Mba.

—¿Quién?

—La dueña de la peluquería africana del final del pasadizo.

—¿La que tiene un magnífico escaparate lleno de pelucas a cada cual más delirante? —preguntó Ingrid entusiasmada.

—Exacto. El aprendiz de Lady Mba se ha perdido.

—¿Se ha ido a la competencia? —inquirió Lola.

—No, ha desaparecido hace unos diez días.

—Puede haberse cansado del champú.

—Louis no es de la clase de personas que se marchan sin avisar. Además, le tocaba cobrar.

—¿Lo conocías?

—Un poco... un chico joven, simpático, poco hablador pero interesante.

Chloé sirvió el *nuget* helado y la sopa de fresas. Ingrid olió una cucharada con los ojos cerrados, sonrió con aire beatífico y se la comió antes de suspirar con alegría.

—Lady Mba está preocupada y como vosotras soléis echar una mano a la gente del barrio...

—Soy una comisaria jubilada, cierto, pero las personas desaparecidas pertenecen a la sección de polis en activo. ¿Qué te parece? Además, a mi edad, no me veo corriendo por las aceras recalentadas, en el mes de julio, detrás de un aprendiz de peluquero.

—Yo sí soy capaz —intervino Ingrid con los labios rojos por la sopa—. El calor no me asusta.

—A ti, a ti no te asusta nada, fundamentalmente si se trata de darte de cabezazos contra un muro —dijo Lola, levantan-

do los ojos al cielo—. Maxime, no has respondido a mi pregunta: ¿Lady Mba es alérgica a la poli o qué?

—Sí, Louis Manta no tiene contrato de trabajo.

—¿José el chapuzas y Louis el peluquero están en la misma situación?

—Más o menos. Venga, os invito al café por las molestias.

—Si crees que me vendo por tan poco.

—¿Al café y al calvados?

—¡Estás de broma! ¡Con este calor! No, acepto un café y una sopa de fresas. Ver cómo se la traga Ingrid es un espectáculo que supera al Circo del Sol. Quiero comprobar sus efectos por mí misma.

—¡Diez sobre diez! —exclamó Ingrid—. Es mejor que un viaje, es turbadora, alucinógena. Es demasiado, demasiado.

—Bueno, ya no se trata de un lujo —dijo Lola.

—¿Qué? —preguntó Maxime.

—¡Los ventiladores, coño! Mira en qué estado se encuentra mi amiga.

Las dos mujeres lamentaron salir del Belles. El oro se fundía en el cielo y se derramaba sobre las carrocerías de los coches aparcados muy juntos en la calle Faubourg-Saint-Denis, de donde exhalaba el olor acre del tráfico, que se vaporizaba sobre los toldos descoloridos de los comercios y las fachadas polvorientas de los edificios con las persianas bajadas. Lola estiró un brazo hacia el exterior del pasadizo Brady, a modo de termómetro, e hizo una mueca.

—Me parece que ha llegado la hora de una buena sesión de puzle muy fresca, al cobijo de las persianas cerradas de mi casa.

—Después del puzle y de mis masajes, ¿le hacemos una visita a Lady Mba?

—Despacito, querida hiperactiva. Hoy estoy de un humor mediterráneo. Acabo de recordar que mi abuelo era de Gardanne. Lady Mba no va a desaparecer, mañana estudiaremos su caso.



—¿Y si ese chico tiene realmente algún problema?

—En los casos de desaparición, lo importante son las primeras cuarenta y ocho horas. Después, los testimonios, las pistas, todo se diluye muy deprisa. Así pues, ¿qué diferencia hay entre diez días o un mes?

Ingrid estuvo a punto de contestarle, pero se encogió de hombros antes de salir a la abrasadora calle. La esperaba un masaje *shiatsu*.